

*Tinieblas*, como el de la víspera, consta de las mismas partes que este, y vuelve á sumirnos en la tristeza y el dolor.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber instituido la santa Eucaristía, y os pido perdon de no haberme preparado dignamente á su recepcion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *haré cada mes un acto de desagravio á Nuestro Señor sacramentado.*

LECCION XXXVI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

*Viernes Santo.* — Objeto del oficio de este dia. — El Viernes Santo en Jerusalem. — Division del oficio. — Dos lecciones de la Escritura y Pasion. — Retrato de Nuestro Señor (nota). — Oraciones solemnes ó sacerdotales. — Adoracion de la cruz. — Ejercicio útil para la tarde. — Las siete palabras del Salvador.

I. *Viernes Santo.* — ; El viernes Santo! Al oír esta palabra, oprímese el corazon del verdadero cristiano, sus miembros todos se hielan de santo terror, y su imaginacion le traslada á pesar suyo á la cumbre del Calvario. Ved como se acerca en confuso tropel un populacho, digo mal, un pueblo, pues hay entre la multitud magistrados, sacerdotes, canosos ancianos mezclados con mendigos, mujeres y niños, todos los cuales suben tumultuosamente la montaña empujándose, atropellándose unos á otros para poder estar mas cerca del patíbulo y contemplar mas á su sabor las angustias de la Víctima. Ved aquí ahora la Víctima que sube con paso lento, debilitada por la pérdida de la sangre y el rigor de los tormentos. Dos malhechores andan á su lado, llevando sobre sus hombros el instrumento del suplicio á que han sido sentenciados. Si quereis saber cuál de los tres condenados es el Justo, no teneis mas que observar la particular severidad con que se le trata: lleva la cabeza coronada de espinas, cubierto el rostro de sangre é infames salivas, y es el blanco de los sarcasmos é improperios de la multitud.

; Y sin embargo, este que veis es Jesús, que pasó haciendo bien! Y entre esa muchedumbre de espectadores ansiosos de contemplar su suplicio, hay muchos á quienes ha dado relevantes pruebas de su inmensa bondad: á uno quizás le ha resucitado el padre, la madre ó la hermana; á otro le ha curado un criado ó un amigo, y á todos ha prodigado los tesoros de su divina sabiduría. Es aquel Jesús que apenas hace cinco dias entraba triunfante en Jerusalem, precedido de esa misma multitud que atronaba los contornos del monte de los Olivos clamando: « ; Gloria al Hijo de David! ; Bendito sea el que viene en nombre del Señor! » ; Y hoy esta multitud grita y vocifera frenéticamente pidiendo su sangre y su muerte!!

¿Qué ha sucedido, pues? ¿Acaso Jesús ha dejado de ser lo que era cinco dias antes? No; pero el pueblo, siempre inconstante y vario, se ha mudado como la veleta á merced del viento. Entre tanto llega

la Víctima al lugar de la ejecución. Vedla ya tendida, clavada, levantada en la cruz. El pueblo rie, los escribas se encogen de hombros, los soldados juegan, en tanto que María, la Madre de Jesús, presente á este cruelísimo espectáculo, llora sumida en un mar de dolor!...

Esto pasaba hace diez y ocho siglos sobre una montaña cercana á Jerusalem. El objeto de tantos ultrajes, la víctima de tantos dolores, era el Verbo eterno, el Criador de los mundos, el Hijo único de Dios, ¡y esto no obstante fué crucificado!!! ¡Y todavía habrá quien repreebe el que la Iglesia católica haya prescrito un dia de luto solemne para perpetuar la memoria del mayor de todos los crímenes! Desengañémonos, no es el olvido el mejor modo de expiar los delitos; á mas de que, reconocida la indudable conveniencia de prevenirlos, ¿qué mejor recurso puede darse que el de inspirar hácia ellos un santo horror por medio de una expiación auténtica, solemne y transmitida de generacion en generacion? La Iglesia, no lo dudeis, ha hecho con esto un gran servicio á la sociedad, pues solo así se dan al hombre saludables lecciones; solo así puede aplacarse la justa cólera de Dios.

Por esto, desde que se consumó el gran crimen del Calvario, la Iglesia, sumida en el dolor, celebra cada año el Viernes Santo en toda la extension del mundo católico; y no contenta con esto, ha dispuesto, á costa de los mayores sacrificios, que se celebre tambien sobre la misma montaña en que se cometió el atentado, para que en todos tiempos bañen lágrimas cristianas aquel suelo que en semejante dia fué regado con la sangre del Salvador. Oid lo que aun actualmente pasa en el Gólgota el dia de Viernes Santo; y haced cuenta que en la historia de lo presente leéis la historia de lo pasado.

« Corria el año de 1832. Asistí al oficio de la mañana, que celebraron los reverendos Padres Franciscanos con las mas patéticas ceremonias. Á mediodía, toda la comunidad, precedida por el Padre guardian, comió de rodillas, consistiendo la comida en pan y agua y algunas hojas de ensalada.

« Á las tres y media, los Padres empezaron, como en los dos dias anteriores, el oficio de las *Tinieblas*. Era la última vez que debía oír en Jerusalem la voz del profeta de Anathoth, y esta idea hizo que me impresionara mas que nunca la fuerza y terneza de sus lamentaciones. Sabemos todos cuán grande es la impresion que nos causan las palabras y las lágrimas de las personas queridas al despedirnos de ellas, sobre todo si tenemos la íntima conviccion de que nunca mas volveremos á verlas: entonces el corazon se nos oprime de un modo extraordinario, los suspiros se suceden sin interrupcion, y el llanto oscurece nuestros ojos: el dolor que entonces sentimos difiere poco del que nos causaria la muerte de aquellas mismas per-

» sonas. Tales, pues, y aun mas crueles, si cabe, eran mis angustias al oír las siguientes palabras de Jeremías, que tanto se avenian con el doloroso misterio del Viernes Santo, y con los pensamientos que preocupaban mi espíritu:

» Faltó el gozo de nuestro corazon: convirtióse en luto nuestra danza.

» Cayó la corona de nuestra cabeza: ¡ay de nosotros! porque pecamos.

» Por esto nuestro corazon ha quedado triste, y nuestros ojos se han cubierto de tinieblas.

» Á causa de la desolacion del monte Sion, raposas anduvieron en él.

» Mas tú, Señor, eternamente permanecerás, tu solio por generacion y generacion.

» ¿Por qué nos olvidarás para siempre? ¿nos desampararás por largura de dias?

» Conviértenos, Señor, á tí, y nos convertiremos: renueva nuestros dias como al principio, etc. »

« Para grabar mas profundamente en la memoria la pasion y muerte del Salvador, y avivar los sentimientos de compuncion, gratitud y amor que deben excitar en el corazon de los verdaderos cristianos, los Padres practican todos los años el dia de Viernes Santo una ceremonia muy conforme con el carácter de los Orientales, y que no tiene ejemplo sino en las misiones de Asia que probablemente la tomaron de la Palestina.

» Por medio de una figura de bulto de tamaño natural, y que por la flexibilidad de sus miembros se presta á cualquier movimiento, representan la crucifixion, el descendimiento de la cruz y el entierro de Jesucristo, haciendo de este modo mas sensibles y patentes las principales circunstancias de aquellos misterios. Efectuóse esta ceremonia, tierna é imponente á la vez, á la caída de la tarde, en presencia de una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños, atraídos los unos por una sincera piedad, y los otros por una curiosidad enteramente profana. Los Padres de la Tierra Santa, reunidos de antemano en la capilla de Nuestra Señora, salieron á eso de las seis, precediéndoles uno de ellos que, acompañado de los jóvenes árabes del convento, llevaba un gran Crucifijo. Seguian despues los religiosos y los fieles, todos con velas encendidas, caminando lentamente en dos hileras y cantando con voz aguda y lastimera unas veces el *Stabat* y otras el *Miserere*.

» La procesion se detuvo primeramente en el altar de la *Division de las vestiduras*, y luego en el del *Improprio*, para oír algunas palabras sencillas pero llenas de uncion que les dirigió un Padre español acerca de las dolorosas escenas de la Pasion que recuerdan

» aquellos dos lugares. En seguida prosiguió su camino sin interrupcion hasta la cumbre del Gólgota. Así que llegó, el religioso que llevaba el Crucifijo lo depositó respetuosamente al pié del altar, y el Padre español, tomando otra vez la palabra, continuó en presencia de la multitud, enternecida hasta el punto de derramar abundantes lágrimas, la tristísima relacion de los padecimientos é ignominias del Salvador, hasta que fué clavado en la cruz.

» Calló entonces el Padre, y habiéndose clavado la imagen de Jesús en un madero, fué levantada en alto y colocada en el mismo sitio donde lo estuvo la verdadera cruz en que se consumió la redencion del género humano. Luego el buen Padre, con voz interrumpida y casi ahogada por los sollozos, refirió las últimas palabras y los postreros instantes de la augusta Víctima al inmolarse en aquel mismo lugar para expiar nuestros pecados y reconciliarnos con su PADRE. Empero cada vez se hacia mas difícil oírle, porque el pueblo, sumamente conmovido con las precedentes escenas, ya no se daba cuenta de lo que presenciaba, y por otra parte las palabras del orador sufocadas por los suspiros, los gemidos y las lágrimas, apenas llegaban á sus oídos.

» Siguióse un cuarto de hora de silencio para dar algun desahogo al general dolor, transcurrido el cual, uno de los Padres, provisto de un martillo y unas tenazas, subió á lo alto de la cruz, quitó de la cabeza de la imagen la corona de espinas, y mientras que otros religiosos sostenian el cuerpo con una toalla pasada por debajo de los brazos, arrancó los clavos de las manos y de los piés, é inmediatamente se descendió la efigie del Redentor de la misma manera, poco mas ó menos, que fué descendido el mismo Jesucristo. El celebrante y sucesivamente todos los demás religiosos se adelantaron en silencio, arrodilláronse y besaron respetuosamente la corona y los clavos, que en seguida fueron expuestos á la veneracion del pueblo.

» Poco despues volvió á salir la procesion por el mismo orden con que había subido al Calvario. Un religioso llevaba la corona y los clavos en un azafate de plata, y otros cuatro llevaban la efigie como cuando se va á enterrar un difunto. Al llegar á la piedra de la Uncion detuviéronse todos para imitar en aquel lugar la piadosa accion de José de Arimathea, de Nicodemo y las santas mujeres, á cuyo fin habíase dispuesto de antemano todo lo necesario. Cubria la piedra un blanco y finísimo lienzo, y en los cuatro ángulos estaban los vasos que contenian los perfumes. Colocóse el cuerpo envuelto en un sudario sobre la piedra con la cabeza reclinada sobre una almohada. El celebrante lo roció con esencias, quemó algunos aromas, y despues de haber orado algunos instantes en silencio, explicó en breves palabras el motivo de aquella estacion. Luego

» emprendióse nuevamente el camino hácia la iglesia, se colocó la imagen sobre el santo sepulcro, y con otro discurso dióse fin á la ceremonia<sup>1</sup>. »

No menos religiosamente se celebra el Viernes Santo en todos los demás puntos de la cristiandad. Por espacio de muchos siglos se consideró y guardó aquel dia como un domingo. Aumentábanse y prolongábanse el dia de Viernes Santo las vigiliás, las mortificaciones, las santas lecturas y oraciones acostumbradas en los demás dias del año: los fieles pasaban toda la noche reunidos orando y gimiendo, segun la costumbre establecida por los Apóstoles ó por sus primeros discípulos<sup>2</sup>. Nadie sino los niños menores de siete años estaba exceptuado de aquella vigilia y de aquel ayuno extraordinario; y aun hoy dia, á pesar de la general debilitacion de la fe, apenas se encontrará una familia cristiana en que hasta los niños no ayunen con gusto el dia de Viernes Santo.

II. Oficio. — El oficio de este dia es antiquísimo<sup>3</sup>. Para entenderlo bien y seguirlo con devocion conviene saber que se divide en tres partes:

La primera se compone de dos lecciones de la Escritura interpoladas con la Pasion y con varios responsorios y versículos análogos á las circunstancias. La Iglesia se ha propuesto conservar en el oficio de este dia toda nuestra hermosa antigüedad, que se descubre en cada palabra y en cada ceremonia. Así pues, el oficio empieza con dos lecciones, porque antiguamente todas las misas empezaban con lecciones ó lecturas de los Libros santos. Las lecciones del Viernes Santo no tienen título, por suponerse que aquel dia hemos perdido á Jesucristo que es nuestra cabeza, la luz que nos ilumina, á la manera que el título esclarece el libro y la leccion<sup>4</sup>. En la primera Moisés refiere como el pueblo de Dios, próximo á salir de Egipto, sacrifica y come el cordero pascual con pan ázimo y lechugas silvestres, arrebozado el vestido, calzados los piés, el báculo en la mano y á toda prisa, porque era la Pascua, es decir, el paso del Señor. El cordero pascual era la figura de Nuestro Señor; y esta leccion, trasladándonos á una época distante de nosotros tres mil quinientos años, nos enseña que Cristo era verdaderamente lo que es hoy, la fe y la esperanza del género humano, y que la Iglesia católica abraza todos los tiempos.

La segunda leccion es del profeta Isaias, quien nos describe en ella el tipo divino, la Víctima católica, de la cual el cordero pascual no era mas que una sombra. « Es, nos dice el Profeta, como tierno arbolillo que crece en tierra sedienta sin pompa ni hermosura: le

<sup>1</sup> *Peregrinacion á Jerusalem*, por el P. de Geramb, t. II.

<sup>2</sup> Euseb. *Hist.* lib. II, c. 17.

<sup>3</sup> S. Leo, t. II, pág. 77.

<sup>4</sup> Durand. *Rational.* lib. VI, *De die varasceve*.

» vimos y no le reconocimos; porque fué despreciado y reputado como  
 » el mas vil de los hombres, cual si la lepra se hubiese apoderado  
 » de su cuerpo. Padeció toda suerte de trabajos y dolores. Su sem-  
 » blante está cubierto de tristeza; agobiado está por el peso de  
 » nuestros pecados. Por causa de nosotros, de nuestras flaquezas é  
 » iniquidades tomó sobre sí todos estos padecimientos y humillaciones.  
 » Nuestra paz nos viene de sus angustias, y á sus llagas debemos  
 » nuestra curacion. Como ovejas nos extraviarnos, y cada uno de  
 » nosotros se desvió por su camino. Cargó el Señor sobre él todas  
 » nuestras iniquidades, y él se inmoló por nosotros en silencio. Co-  
 » mo oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que  
 » lo trasquila, enmudecerá y no abrirá su boca <sup>1</sup>. »

La Iglesia ha escogido de intento estas dos lecciones de Moisés y de Isaias, para hacernos ver que la Ley y los Profetas dan testimonio de su divino Esposo, y que este es verdaderamente el objeto de los oráculos y esperanzas de todo el mundo antiguo <sup>2</sup>.

Después de las profecias se canta la Pasion de Nuestro Señor, segun san Juan. Como ya hemos dicho, este canto, de origen muy antiguo, está escrito en forma de diálogo. Los Judíos, Pilatos, Herodes, los Apóstoles y Jesús mismo hablan y se responden alternativamente. Al llegar á estas palabras: *Inclinando la cabeza, dió el espíritu*, cesa el canto, la iglesia queda en profundo silencio, y solo se oye el ruido

<sup>1</sup> Isai. LIII. Hé aquí ahora el retrato material de Nuestro Señor, tal como nos lo ha conservado y transmitido la antigüedad: Tenia un rostro bellissimo y muy animado, el cabello algo rubio, no muy espeso y un poco rizado; las cejas negras y ligeramente arqueadas. Sus ojos, de color de aceituna, brillaban con una gracia admirable. Tenia la nariz recta, la barba rubia y medianamente larga; el cabello bastante largo, pues nunca tocó su cabeza la navaja, ni la mano de hombre alguno, excepto la de su madre durante su infancia. Llevaba el cuello algo inclinado, de suerte que su ademan no era demasiado arrogante ni erguido. Su tez era de color trigueño; la cara ni redonda ni larga, sino como la de su madre, un poco prolongada y ligeramente sonrosada. La gravedad, la prudencia y la serenidad se hermanaban y resplandecian en su semblante. En una palabra, era del todo semejante á su divina é inmaculada Madre. — Egregio is vividoque vultu fuit. Corporis statura ad palmos prorsus septem. Cæsariem habuit subflavam et non admodum densam, leniter quodammodo ad crispas declinantem: supercilia nigra, non perinde inflexa. Ex oculis subflavescentibus mirifica prominebat gratia. Acres ii erant et nasus longior. Barbæ capillus flavus, nec admodum demissus. Capitis porro capillos tulit prolixiores. Novacula enim in caput ejus non ascendit, neque manus aliqua hominis, præterquam matris in tenera dumtaxat ætate ejus. Collum fuit sensim declivè, ita ut non arduo et extento nimium corporis statu esset. Porro tritici referres colorem; non rotundam aut acutam habuit faciem: sed qualis matris ejus erat, paulum deorsum versus vergentem ac modice rubicundam: gravitatem atque prudentiam cum lenitate conjunctam, placibilitatemque iracundiæ expertem præ se ferentem. Persimilis denique per omnia fuit divinæ et immaculatæ suæ Genitrici. (Niceph. Callixt. lib. I, c. 40.) Las pruebas de la autenticidad de este relato se hallarán en la *Hist. famil. sacr.* por Sandini, c. 17, pág. 287 y sig.

<sup>2</sup> Durand. lib. VI, *De die parasceve*.

de los fieles que se postran y besan la tierra que el Salvador regó con su sangre.

La segunda parte del oficio se compone de las oraciones *solemnnes* ó sacerdotales, que solo el Viernes Santo se rezan públicamente. Son diez en número y muy antiguas. San Leon nos dice que en su tiempo se rezaban donde quiera que habia penetrado la fe cristiana, añadiendo que las cree de institucion apostólica. El sacerdote desde el altar, doblando la rodilla y extendiendo los brazos á cada oracion, ruega: 1º. por toda la tierra y por la santa Iglesia; 2º. por nuestro santo padre el Papa; 3º. por el Obispo de la diócesis; 4º. por todos los ministros sagrados y por todos los fieles; 5º. por el Rey; 6º. por los catecúmenos; 7º. por el remedio de todos los males espirituales y temporales; 8º. por los herejes y cismáticos; 9º. por los Judíos; 10º. por los paganos é idólatras.

La Iglesia, para manifestar el horror con que mira á los apóstatas voluntarios, y para distinguirlos de los fieles que permanecen en su seno gozando de los beneficios de su comunión, prohíbe á sus ministros que hagan mencion de ellos en las oraciones públicas; pero exceptúa de esta prohibicion el oficio del Viernes Santo por ser el dia en que Jesucristo murió por todos los hombres. ¡Oh! sí; el Viernes Santo es el dia del gran perdon: aquel dia la Iglesia nuestra madre, para darnos ejemplo á todos, suspende sus santas y sábias prescripciones, y Jesús, nuestro padre, desde lo alto de la cruz nos enseña á rogar por los que nos han ofendido, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* <sup>2</sup>.

Al terminar cada oracion el celebrante dice: *Flectamus genua. Hincemos las rodillas*; y el diácono responde: *Levate: Levantaos*. Mas al rogar por los Judíos que dieron muerte al Hijo de Dios, el sacerdote se abstiene de doblar la rodilla, en demostracion de horror al pueblo deicida.

La tercera parte del oficio es la adoracion de la cruz <sup>3</sup>. Concluidas las oraciones sacerdotales, los levitas y diáconos de dos en dos, y los sacerdotes con capas negras, todos descalzos, van á buscar la cruz al extremo de la iglesia. Dos diáconos llevan en brazos el árbol sagrado, y se encaminan lentamente hácia el altar. ¿Qué otra ceremonia pudiera representar mas al vivo el tránsito del Señor por la via dolorosa en direccion al Calvario? Para completar esta lúgubre representacion, mientras van acercándose al santuario, dos diáconos ó dos sacerdotes cantan ciertas palabras que expresan el amor inevitable de que Jesús estaba poseido cuando subia al lugar de su supli-

<sup>1</sup> S. Leo, *Epist.* t. II, pág. 77.

<sup>2</sup> Luc. XXIII, 34.

<sup>3</sup> Juzgamos ocioso advertir que los Católicos no adoran la cruz, sino á Dios que murió en ella.